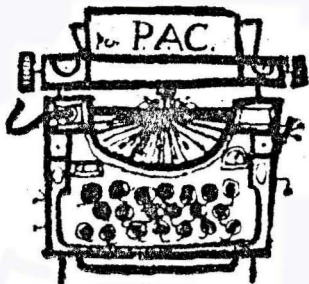


Huellas en el camino de los poetas



Mientras Ernesto Cardenal, en el primer acto de la ceremonia de su ordenación, estaba prostrado "faz en tierra", en la postura de máxima renuncia y humillación —voluntariamente caído, colocado físicamente sobre su muerte, sembrado en tierra para iniciar su resurrección— pensé que la humildad es, no un rebajamiento, sino solamente el nivel exacto de la verdad humana. El hombre que no quiere saberse ni valorarse en esa postura de caído es un fatuo que olvida su cadáver. Pero ¡qué difícil le es al hombre, y sobre todo al intelectual, aceptar que por sí mismo —aún en la cumbre del genio— no es más que eso: un caído. Y que todo levantarse, toda vida, es obra de Dios.

Pensaba, con la velocidad con que uno revisa los ficheros de la memoria en esos momentos de intensa emoción, lo que pensarían tantos jóvenes de América —artistas, poetas, escritores— que han leído a Ernesto, que han comentado su obra, que lo consideran uno de los valores de más prestigio en la literatura nueva del Continente, si lo miraran caído en tierra, derribado de su fama, tonsurado de su prestigio; en la postura contraria del éxito, aparentemente rebajado, inmolando laureles y libertades a una Divinidad que ellos tal vez niegan, o rehuyen, o desconocen y hasta odian tal vez porque sus mismos creyentes se la desfiguraron y se la hicieron odiosa.

Y entonces pensé, también, por qué mientras la mayor parte de esos intelectuales se escandalizarían o juzgarían indigno el acto de Ernesto, para él constituía el acto cumbre de su "carrera" de poeta, de su correr hacia la Belleza, su "Introito ab Altare Dei", como quien dice la toma de posesión de la Presidencia de la República de la Contemplación y de la Esperanza...

Yendo por el mismo camino, ¿por qué para unos el velo del templo es una espesa cortina que oculta, mientras para otros se ha rasgado y ha dejado pasar la Voz inefable y la Visión cegadora de la Faz de Cristo, Poema hecho carne?

Y entonces —cuando el poeta subía las gradas hacia el Poema— pensé que ese camino no era nuevo en la tierra de nuestra poesía nicaragüense, sino un trillo de huellas que marca un extraño destino, un singular camino entre nosotros. Y miré en conjunto toda nuestra literatura y la vi marcada con esa señal desconcertante.

La pregunta ya no sólo era válida para Ernesto Cardenal sino para todos y cada uno de los poetas de Nicaragua. ¿Por qué, mientras en otros países los intelectuales y sobre todo los poetas, han sido con tanta frecuencia los atraídos por la negación, los renuentes a ese paso inicial de la Fe que parece de humillación y es de Libertad, los tentados por el orgullo, los disidentes, los que levantan su vida contra la Vida hasta llegar, a veces, al suicidio, los que golpean con palabras el rostro vendado de Cristo al Cual no reconocen: por qué aquí —contrariando la estadística del resto de América— la poesía ha sido NATURALMENTE cristiana?

¿Qué es lo que hace o cuál es la razón para que personas y caracteres tan absolutamente distintos como Rubén Darío y Salomón de la Selva, Azarías Pallais o Manolo Cuadra o Joaquín Pasos o Alfonso Cortés, protagonistas de toda clase de aventuras y tentaciones se hayan mantenido substancialmente fieles a Cristo en situaciones tan diversas y en épocas o etapas generacionales absolutamente hostiles a esa fidelidad?

Que Rubén Darío haya sido fiel a la fe de Cristo es por sí solo un hecho tan desconcertante como un milagro, pero más extraña todavía cuando, después de él, el fenómeno persiste a través de personalidades, obras y vidas tan disímiles, hasta abrirse —como antes dije— una especie de camino literario con las huellas coincidentes de los poetas.

La educación de Rubén, la época de Rubén, los amigos, los ambientes en que él vivió, su sensualidad desbordante y tropical, todo lo empujaba para abandonar definitivamente cualquier sentimiento infantil de piedad cristiana. Rubén, en la lógica humana, debería haber sido un verbo encendido de desprecio por el cristianismo. Pero su alma —"oh Psiquis!"— siempre volvía en vuelo de las ruinas paganas a la catedral. Y su maravillosa muerte como su poema "Spes" o su "Canto de Esperanza" firman una fe tan profunda y un amor tan cierto a Cristo que la interrogación brota deslumbrada y atónita.

Luego vemos aparecer un Azarías Pallais, cuyo cristianismo no nos extraña porque era una naturaleza inclinada a la misericordia y a la humildad, pero sí extraña que se haya producido donde se produjo y más todavía cuando sumamos su fenómeno literario —de sacerdote y poeta— al nuevo caso de Ernesto Cardenal. Dos poetas, tan cercanos y tan distantes, vistiendo la sotana, ese "uniforme, que decía Barres, de las altas preocupaciones morales".

- VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Y frente a Pallais, Salomón de la Selva: solo, vagabundo, líder socialista, Ulises tentado tantas Circes, y sin embargo aferrado a su fe tiana! El caso de Salomón, como el de Ru—pecadores de la carne pero nunca del es—tu— es otro caso inexplicable cuando se colo— en la corriente de desvío y abandono del cris— nismo de su generación. Y lo mismo el fenó— no de Alfonso Cortés, sumergido en un ambien— literario teosófico e influido por una corriente —tica de culto casi demoníaco del mal. Sin em— go, de ese ambiente y de esas influencias Cor— selecciona los elementos para elaborar una —ta metafísica de extraordinaria luminosidad y —chida por la presencia, casi enloquecedora, de s.

Y Joaquín Pasos? ¿Qué límite era capaz de ener esa hambre devoradora de vida de Joa— n Pasos? O Manolo Cuadra, a quien su ge— osa combatividad social le llevó, muy cerca del nunismo? Pero Joaquín fue cristiano y Ma— o nunca soltó la mano traspasada de Cristo, —el y último "camarada" en su lecho de muerte.

A los muertos podemos sumar los vivos. Ca— cual con su propia aventura. Caracteres tan pares como pueden ser Cabrales y Fernando ra, Ernesto Gutiérrez o Mejía Sánchez. Insu— cciones y rebeldías en órdenes tan contranues— como la Insurrección Solitaria de Carlos Mar— ez Rivas o la rebelión de LA HORA 0 de rdenal. Pero las huellas, si se desvían, vuelven —guen marcando el camino.

Y no porque se haya hecho escuela, o pro— moción, o bandera literaria. ¡No! Quizás he rito yo más poesía directamente cristiana que uesto Cardenal. Produjo más poemas religio— Rubén Darío que el Padre Pallais. ¡Es otra —ta! El cristianismo es una vivencia en cada —ta. Un algo con-natural, sin énfasis, que co— en la poesía nicaragüense de una manera bí— ca, como la vida, y que va repitiendo, a la sor— ta, en su río de huellas, pero con un sentido —vo, el verso de Keats:

"La Verdad es Belleza, la Belleza Verdad . . ."

PABLO ANTONIO CUADRA